

Indudablemente no era tarea digna de Bello la de versificar este padrón de vecindad, por mucho que naturalmente halagase la vanidad de los Aquiles y Diomedes de la epopeya americana.

Claro que no todo en la segunda parte de la *Alocución* es de este género trivial y fastidioso; Bello no podía dormir tanto tiempo seguido. Magnífico es, por ejemplo, y de emoción muy virgiliana, el recuerdo que tributa á su infortunado amigo y Mecenas, Javier Us-táriz:

Alma incontaminada, noble, pura,
De elevados espíritus modelo,
Aun en la edad oscura
En que el premio de honor se dispensaba
Sólo al que á precio vil su honor vendía,
Y en que el rubor de la virtud, altivo
Desdén y rebelión se interpretaba.
La Música, la dulce Poesía,
¿Son tu delicia ahora como un día?
¿Ó á más altos objetos das la mente,
Y con los héroes, con las almas bellas
De la pasada edad y la presente
Conversas, y el gran libro desarrollas
De los destinos del linaje humano?
.....
De mártires que dieron por la patria
La vida, el santo coro te rodea:
Régulo, Tráseas, Marco Bruto, Decio,
Cuanto inmortaliza Atenas libre,
Cuanto Esparta y el romano Tibre.

Miranda, Roscio «de la naciente libertad no sólo defensor, sino maestro y padre», San Martín y otros capitanes y próceres de la independencia, están digna y decorosamente celebrados. Y es grandiosa la imagen con que el poeta excusa la preterición del elogio de Bolívar, el más grande de sus héroes, pero no el predilecto de su alma:

Pues como aquel samán que siglos cuenta,
De las vecinas gentes venerado,
Que vió en torno á su basa corpulenta
El bosque muchas veces renovado,
Y vasto espacio cubre con la hojosa
Copa, de mil inviernos victoriosa;
Así tu gloria al cielo se sublima,
Libertador del pueblo colombiano;
Digna de que la lleven dulce rima
Y culta historia al tiempo más lejano.

Las poesías del tercer período de Bello se dividen naturalmente en dos grupos: el de originales y el de traducciones. Versos originales hizo pocos en Chile, y menos aún por iniciativa propia: algunas odas patrióticas, de las cuales la mejor es la que compuso en 1841 al *Diez y ocho de Septiembre*, correcta, elevada, llena de sabias enseñanzas políticas: un canto elegíaco y semirromántico, *El Incendio de la Compañía*, muestra palpable de que Dios no llamaba á Andrés Bello por los caminos del nuevo lirismo; algunas sátiras literarias chistosas y de buena doctrina: bastantes composiciones ligeras, fábulas, versos de album y otras bagatelas. Ninguna de ellas puede despreciarse, porque Bello es siempre gran maestro de lengua y estilo poético; pero es cierto que no añaden ni una hoja de laurel á su corona.

Donde volvemos á encontrar al excelente poeta de otros tiempos es en sus traducciones é imitaciones. La edad y los áridos y constantes estudios habían podido resfriar su vida poética propia, que siempre fué menos ardiente que luminosa; pero en cambio le habían hecho comprender y sentir cada día mejor la inspiración ajena, y penetrar en el secreto de los estilos más diversos. Gracias á eso, pudo un mismo hombre dar propia y adecuada vestidura castellana á obras de inspiración tan

diversa como el *Rudens*, de Plauto, y *El Sardanápalo* y el *Marino Faliero*, de Byron; *El Orlando enamorado*, de Boyardo; un fragmento de los *Niebelungen*, y varias fantasías y *Orientales*, de Víctor Hugo. En estas traducciones ó adaptaciones Bello hizo milagros, y, atendiendo á algunas de ellas, sobre todo al largo fragmento del *Sardanápalo* y á los catorce cantos que dejó traducidos del poema de Boyardo refundido por el Berni, no se le puede negar la palma entre todos los traductores poéticos de la pasada generación literaria, que los tuvo excelentes en España y en América. Entrar en el mecanismo de estas versiones y compararlas con los originales, sería ciertamente tarea útil y fecunda en grandes enseñanzas de lengua y de versificación; pero aquí no podemos ni intentarla siquiera. Las de Víctor Hugo no son traducciones ni quieren serlo, sino imitaciones muy castellanizadas, en que Bello se apodera del pensamiento original, y le desarrolla en nuestra lengua conforme á nuestros hábitos líricos, á las condiciones de nuestra versificación y á la idiosincrasia poética del imitador. Y esto lo consigue de tal modo, que una de esas imitaciones, la *Oración por todos*, es sabida de todo el mundo en América, y estimada por muchos como la mejor poesía de Bello, la más humana, la más rica de afectos; y no hay español que habiendo leído aquellas estrofas melancólicas y sollozantes, vuelva á mirar en su vida el texto francés sin encontrarle notoriamente inferior. Habrá acaso error de perspectiva en esto: yo no lo sé, pero consigno el hecho como parte y como testigo. Lo mismo acontece con la titulada *Moisés en el Nilo*, «bella en francés (dice Caro), más bella, intachable en la versión castellana de Bello». Y tratán-

dose de versiones poéticas, el voto de Miguel Antonio Caro me parece el primer voto de calidad en nuestra lengua.

Para mí la obra maestra de Bello, como hablista y como versificador, es su traducción del *Orlando enamorado*, que incompleta y todo como está, es la mejor traducción de poema largo italiano que tenemos en nuestra literatura (1). Podrá lamentarse que el intérprete, en vez de ejercitarse en Boyardo, no hubiera empleado el tiempo en alguno de los tres épicos mayores; pero el gusto individual, la casualidad, el deseo de caminar por senderos menos trillados, bastan para explicar esta predilección. Por otra parte, el Boyardo fué gran poeta, de no menor fantasía y seguramente de más invención que el Ariosto, y merece bien este homenaje póstumo de la musa castellana, que en el siglo XVI le debió inspiraciones muy felices. Bello ha encabezado todos los cantos con introducciones joco-serias de su propia cosecha, en el tono de las del Ariosto; y así en ellas como en la traducción de las octavas italianas, derrama tesoros de dicción pintoresca, limpia y castiza, dócil sin apremio ni violencia al freno de oro de una versificación acendrada, intachable, llena de variedad y de armonía, dignísima de estudio en las pausas métricas y en la variedad de inflexiones, sin caer en aquel escabroso y sistemático aliño que hace de tan áspero acceso las octavas de *Esvero* y *Almedora*, único poema de este siglo en que el prosodista ha ido acompañando constantemente la labor del poeta.

(1) Aquí, como en lo restante de este trabajo, prescindo de toda alusión á los autores vivos.

El dominio de la octava real que había adquirido Bello merced á esta gran faena, quiso aplicarle luego á un cuento ó leyenda original, en el género de las de Mora, titulada *El Proscrito*, en que á través de una fábula sencilla y doméstica se proponía describir tipos y costumbres de la época colonial. Pero este ensayo no pasó del canto quinto, y aunque las octavas son generalmente magistrales y la narración corre fácil é interesante con bellos rasgos en la parte seria, hay que confesar que la parte cómica está muy lejana del donaire de Batres, con quien ningún poeta americano puede competir en esto (1).

(1) Para terminar este estudio acerca de Bello, demasiado extenso quizá para lo que tolera un prólogo general, pero desproporcionado sin duda á la importancia de tal ingenio, debemos advertir que la *Carta de un americano á otro* (Bello á Olmedo) aparece incompleta en esta *Antología*, como en las ediciones anteriores, de las *Poesías* de su autor, sin exceptuar la oficial chilena de 1883. Pero en los preliminares de esta misma edición consignó don Miguel Luis Amunátegui los tercetos que faltaban, y que pudo descubrir á última hora. Aquí los ponemos, también para completar tan linda pieza:

Y llegas, y te sientas, y Talía,
Que al áureo cinto arregazó la falda,
La copa te presenta de ambrosía:
Y ciñe tu cabeza con guirnalda
De siempre verde lauro, que matiza
Purpúrea flor, y azul, y roja y gualda.
Y luego que las cuerdas armoniza,
El coro celestial en nuevo canto
Celebra tu llegada y solemniza.
«Alma eterna del mundo, numen santo
Tutelar del Perú (cantan ahora,
Y su onda Castalia enfrena en tanto),
»Envía sin cesar luz bienhechora;
Que cesó de tu tierra la ruina,
Y libre ves al pueblo que te adora.
»La libertad, amable peregrina,
Su templo allí plantó; y allí su llama
Hermosa arde otra vez, pura y divina.
»Y en todos sus oráculos proclama

El nombre de Bello suscita inmediatamente en la memoria el de otro venezolano, D. Rafael María Baralt, también filólogo y poeta, honra de América por su nacimiento y educación, benemérito de España por haber escrito y publicado aquí sus principales obras (1). Pero

Que al Magdalena y al Rimac turbioso
Ya sobre el Tíber y el Eurotas ama.»
Á encontrar vuela el himno melodioso,
La fuente de los vates inmortales,
El cielo, el agua, el viento, el bosque umbroso;
Y vestida de diáfanos cendales,
Ocupa el aire en torno al foco santo
Bella visión de cándidos cristales,
Que con etérea voz repite el canto.

Por último, debo advertir que el soneto que empieza:

Tiempo fué en que la dulce poesía.....

no debe continuar en las ediciones de Bello, puesto que conocidamente es de Heredia, en cuyas poesías figura desde 1825, con el título de *Renunciando á la Poesía*, y nota en que su autor advierte haberle compuesto en Boston en 1823.

(1) Nació D. Rafael María Baralt en Maracaibo el 3 de Julio de 1810. Pasó su infancia en Santo Domingo, y no regresó á Venezuela hasta 1821. En la Universidad de Bogotá hizo sus estudios de latinidad y filosofía, y comenzó los de jurisprudencia, que hubo de interrumpir para lanzarse en la revolución venezolana de 1830, que definitivamente separó á Venezuela de Colombia. Entrando en el servicio militar, llegó á capitán de artillería. En 1841 se trasladó á París con objeto de imprimir su *Historia de Venezuela*; en 1843 pasó á España con una Comisión histórico-diplomática, y en Sevilla y en Madrid residió todo lo restante de su vida, adquiriendo nacionalidad española y desempeñando puestos importantes, como el de director de la *Gaceta* y administrador de la Imprenta Nacional. En 1853 tomó posesión de plaza de individuo de número de la Real Academia Española. Falleció en Madrid el 4 de Julio de 1860. La biografía más extensa que hay de él es la que escribió D. Juan Antonio Losada Piñeres en sus *Semblanzas Zulianas*.

Falta una colección de sus escritos que sería importante. Muchos de ellos andan dispersos en los varios periódicos de que fué director, redactor ó colaborador, tales como *El Siglo XIX*, *El Tiempo* y *El Espectador*.

Como escritor político figuró primero en el partido progresista y semi-democrático, y luego en la Unión liberal. En 1849 publicó, en colaboración con D. Nemesio Fernández Cuesta, una serie de folletos políticos, entre los cuales pertenece á Baralt solo el titulado *Libertad de Imprenta*.

considerado como poeta, Baralt está á gran distancia de Bello, aunque en cierto modo pertenezca á su escuela. Hay en las poesías de Baralt constante nobleza y corrección de estilo, buena y escrupulosa conciencia literaria, todos los primores que nacen del trato asiduo con los modelos, del conocimiento sólido de la lengua, del buen juicio en el plan y en la distribución de los pensamientos, del prudente y sobrio uso de cuantas figuras recomiendan los preceptistas; pero con rara excepción son versos sin alma, contruidos de una manera exterior y mecánica, empedrados de reminiscencias de todas partes, revelando en cada estancia la fatiga que costaban al autor y que se comunica al lector irremediablemente, sin que todos los méritos que hemos reconocido basten á compensarlo. La frialdad de Baralt no es la frialdad del grande artista que por amor á la belleza pura y marmórea se levanta sobre su propia emoción personal y la excluye de su obra; es la frialdad del gramático que se ejercita en los versos como en un tema de clase. Su *Oda á Cristóbal Colón*, que tanto aplauso obtuvo cuando fué premiada por el Liceo de Madrid en

Pero las obras más importantes de Baralt son su *Resumen de la historia de Venezuela* (París, 1841-1843, tres volúmenes), en la cual tuvo por colaborador histórico, no literario, á D. Ramón Díaz; el *Diccionario de Galicismos* (Madrid, 1855), el *Diccionario Matriz de la lengua castellana*, que no pasó de las primeras entregas, y el discurso de recepción en la Academia Española.

La colección de sus poesías, esmeradamente corregidas por él y dispuestas para la prensa, verá la luz en breve, según acuerdo de la Real Academia Española, á cuyo ilustre Secretario perpetuo debemos el haber podido examinarlas despacio.

El cuaderno de *Poesías* de Baralt, impreso en Curazao en 1888 por la misma casa editorial (Bethencourt y Compañía), que ha hecho el buen servicio de reimprimir su *Historia de Venezuela*, no contiene sino mínima parte de sus obras poéticas.

1849, es, sin duda, pieza de excelente y prolija literatura, pero demasiado larga y metódica, poco lírica, en suma, y con demasiadas piececillas de mosaico, cuyas junturas se ven muy á las claras. Aun la misma descripción de América, hecha en cuatro gallardas estrofas, que son quizá lo mejor de la oda, está tejida, en parte, con pensamientos y frases conocidísimas de Arguijo, Góngora, y otros poetas nuestros. Pero aquí, por raro caso, lo que Baralt pone de su cosecha no vale menos que lo que traslada. Compárense estas dos estrofas:

Allí raudo, espumoso,
Rey de los otros rios, se dilata
 Marañón caudaloso
En crespas ondas de luciente plata,
Y en el seno de Atlante se dilata.

.....
 Allí fieros volcanes,
 Émulo al ancho mar lago sonoro,
 Tormentas, huracanes:
 Son árboles y piedras un tesoro,
 Los montes plata, las arenas oro.

Consideradas como ejercicio de imitación y alarde de estilo, las poesías de Baralt tienen mérito indudable, dentro de aquel movimiento de reacción que contra los desenfrenos del lirismo romántico pareció iniciarse después de 1840, volviendo por los hollados fueros de la lengua poética y por la cultura y aseo del estilo, é intentando reanudar la tradición de las escuelas salmantina y sevillana de principios del siglo. En este camino se fué quizá demasiado lejos, y por huir de lo desordenado, exuberante y monstruoso, vino á darse en lo tímido y apocado; por aversión al desaliño se cayó en lo relamido y artificioso; resucitáronse todo género de inversiones, perífrasis y latinismos; la majestad sonora se con-

fundió muchas veces con la pompa hueca, con el énfasis oratorio y la rimbombancia, naciendo de aquí un género de falso y aparatoso lirismo, que por mucho tiempo dominó y aun domina en todos los versos que pudiéramos llamar oficiales, en los poemas de certamen y en las odas de circunstancias. A vueltas de algunas composiciones recomendables en su línea, pero de todo punto inferiores á los modelos de Quintana, Gallego y Lista, este neoclasicismo póstumo, de tercera ó cuarta mano, únicamente ha servido para conservar ciertas tradiciones métricas de buen origen, cierto respeto á la sintaxis y á la prosodia, que nunca están de más y deben exigirse á todo el mundo.

Baralt fué, no sólo de los mejores hablistas, sino de los más poetas entre los que siguieron esta tendencia. No le faltaba imaginación: tenía caudal de ideas, y meditaba largamente el plan de sus odas. En ocasiones parece que sólo le falta libertad para mover los brazos, y que con pequeño esfuerzo podría romper las ligaduras que voluntariamente se impone en cada frase. Él, que escribía una prosa tan limpia, tan desembarazada, tan sabrosa, parece sometido en la poesía á un canon inflexible, que le entorpece los mejores impulsos, que le enturbia los más felices conceptos, que le aparta casi siempre de la expresión natural y le hace sudar por trochas y veredas desusadas en busca de un género de perfección convencional y ficticia. La poesía de Baralt no carece de afectos humanos, limpios y generosos, ya de religión, ya de patria, ya de amistad; y cuando por rara excepción deja correr con alguna libertad esta vena de sentimiento, como en la preciosa silva *A una flor marchita*, que tiene algo de la melancolía y ternura de Cien-

fuegos, con una pureza de estilo que Cienfuegos no mostró nunca; ó bien en las apacibles liras del *Adiós á la Patria*, ó en algún idilio en prosa como *El Árbol del buen pastor*, resulta mucho más poeta que en las odas de aparato: por ejemplo, en la pomposa declamación *Á España*, donde no se ve otro propósito que el de acumular versos sonoros.

No quisiéramos haber sido demasiadamente duros con la memoria de tan insigne humanista, cuyo nombre es gloria indisputable de esta Academia. Fué gran literato y poeta mediano; pero no hay composición suya, aun de las más endebles, que como dechado de dicción no pueda recomendarse. Y además, fué poeta sensato, penetrado de la dignidad de su arte, incapaz de envilecerle en objetos triviales ó afearle con inmundo desaliño: sacerdote convencido de una religión literaria de muy austera observancia: duro con las flaquezas de estilo de los demás, pero todavía más rígido consigo propio, como lo prueba el increíble tormento que daba á sus ideas, hasta encontrarles la forma que él creía más perfecta: amanerado sin duda, pero con amaneramiento noble y decoroso: enamorado ferviente de un ideal técnico; lo cual siempre es digno de respeto, y más en días en que la lengua y el gusto andaban por el suelo, y en que la cultura literaria parecía amenazada por un aluvión de traductores bárbaros, de dramaturgos frenéticos y de líricos destartados é incomprensibles. Si Baralt, como otros muchos, exageró la reacción y fué á dar en la poesía académica del siglo XVIII, escuela que había tenido sus grandes días, pero cuya restauración era ya inoportuna y tenía que ser infecunda, la misma dureza y extremosidad de la reacción que simultáneamente con él hicieron por

los años de 1848 diversos críticos, prosistas y poetas, prueba la gravedad de aquel estado de anarquía, y la necesidad de ponerle algún remedio. La educación de Baralt había sido rigurosamente clásica; y en Sevilla hubo de confirmar sus principios literarios con el trato de Lista y sus últimos discípulos. Esta es la filiación que se trasluce en sus versos, de los cuales bien puede decirse que pertenecen á la escuela sevillana más que á ninguna otra. Pero no había dejado de tener algunas veleidades románticas, de las cuales abjuró luego; y hay entre sus versos inéditos un poemita fantástico, *El último día del mundo*, en dos cuadros y un prólogo, con variedad de metros, coros de espíritus y aquelarre de diablos; ensayo que prueba que pasó como tantos otros por la influencia de Espronceda, y que no le faltaban condiciones para brillar en un género enteramente opuesto al que por último vino á adoptar. Hay en este poema un jugo, una vida, una lozanía, que luego rara vez tornan á encontrarse en sus versos; sin duda porque el exceso de disciplina á que tan rígidamente se sometió vino á agostar en parte las flores de su fantasía.

En cambio, como prosista merece toda clase de elogios, y aventaja no poco á Andrés Bello, cuya prosa, aunque sabia y doctrinal, no tiene ninguna cualidad relevante. Por el contrario, en Baralt, la vocación de prosista, que suele ser tardía, apareció desde el primer momento. Su *Historia de Venezuela* estaba escrita antes de 1841, y ya el escritor aparece en ella completamente formado. No es esto decir que como obra de historia esté exenta de defectos: la parte antigua no es más que un resumen elegante y rápido de los cronistas más conocidos, sin ninguna investigación propia, y con gra-

ves omisiones. En la parte moderna, es decir, en los dos tomos consagrados á narrar la guerra de separación, no siempre brilla la imparcialidad más rigurosa (1), aunque el historiador parece diligente y bien informado por testigos y actores de aquel complicadísimo drama; pero la narración es de las más interesantes y animadas: clara y progresiva, sin que la atención se distraiga en los innumerables episodios: amplía unas veces sin caer en difusión, otras veces densa sin caer en obscuridad: interrumpida hábilmente con retratos de los personajes, que son como descansos en la interminable procesión de las operaciones de aquellas guerras tan continuas, tan menudas, tan difíciles de exponer sin producir confusión y hastío. Sólo pueden notarse algunos galicismos bastante graves, que en otro autor lo parecerían menos, pero que pasan en quien iba á ser luego tan acérrimo perseguidor de ellos.

La obra maestra de Baralt es sin duda su discurso de entrada en la Academia Española: discurso que, á juicio nuestro y sin ofensa de nadie, no cede á ningún otro entre los muchos, y excelentes algunos, que en aquella Corporación y en acto análogo se han pronunciado. Al ocupar la silla ennoblecida por Donoso Cortés, parece que Baralt sintió toda la grandeza del empeño en que tal situación le colocaba; y al juzgar las ideas y estilo de su predecesor, no sólo se mostró el pulcro escritor de siempre, sino que levantándose mucho sobre su manera

(1) Apenas hay jefe realista que en la *Historia* de Baralt no resulte un monstruo. Por el contrario, encuentra disculpa y aun aplauso para el acto ferocísimo de Bolívar, ordenando á sangre fría la ejecución de 800 prisioneros españoles.